
De eso no se habla...

*GILBERTO FREGOSO PERALTA**

Sirva el título de la película dirigida por la cineasta argentina María Luisa Bemberg, para expresar mi sentir personal acerca del tema que trata la compilación ahora en manos de los lectores. Pues sí, hay facetas del quehacer investigativo ordinario, casi nunca dadas a conocer por quienes nos dedicamos a la tarea de entresacar de la realidad algunos aspectos con el propósito manifiesto de sistematizarlos y entenderlos mejor. Pareciera casi siempre más importante comunicar los resultados de las indagaciones como producto, y no tanto reparar en el proceso que nos condujo a la obtención de ciertos hallazgos (cuando los hay). Ello obedecería, entre otras consideraciones, a la tendencia de ver coronado el esfuerzo con las palmas de la publicación sobre cualquier otro interés; a la idea según la cual los avatares cotidianos “nimios”, casi siempre presentes y entorpeciendo el avance, no merecen ser siquiera recordados; al apego ora consciente ora inconsciente, a los designios metodológicos de la autoridad científica (autores y textos con-sagrados); a no querer romper con la sensación de linealidad o flujo aparentemente continuo de todo el proceso; o tal vez en más de un caso, a la inseguridad propia producto de las

* Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, Universidad de Guadalajara.

dudas acerca de las bondades de nuestra preparación y desarrollo dentro de la actividad. No pocos colegas negarán, con justicia, sentirse aludidos en cualquiera de los puntos anteriores, atribuibles más bien a una "proyección" de quien esto escribe. Puede ser tal, pero el hecho es que arrostramos un déficit mayúsculo en materia de reflexión concerniente a los procedimientos seguidos por los investigadores hasta arribar a los resultados de su labor, acervo útil hoy desperdiciado no sólo para quienes ya se desempeñan en el campo sino también para las generaciones de recambio. De eso que "no se habla" me explayaré en los renglones siguientes, a partir sí de mis experiencias particulares pero por lo demás siempre insertas en relaciones sociales múltiples. Decidí omitir cualquier referencia o cita bibliográfica dada la naturaleza de los comentarios expuestos ahora. Se requiere de mucho trayecto andado teórico-práctico a fin de que cobren sentido los aportes de los grandes pensadores-metodólogos; uno está apenas comenzando a caminar.

Magister dixit

Permítaseme remontar el origen posible de esta actitud centrada en los meros resultados a la etapa de nuestra formación más temprana lo mismo al amparo de la familia que de la escuela. En el primero de dichos ámbitos, el empeño por aproximarnos al proceso de enseñanza-aprendizaje casi siempre fue remitido o encargado a la institución escolar, sea debido a la ignorancia de los padres o a la carencia de tiempo dedicado al apoyo de los hijos-alumnos. El criterio prevaleciente, por lo menos durante mi época de estudiante formal, era el de la infalibilidad de los juicios magisteriales expresos en las calificaciones correspondientes a cada quien, resoluciones avaladas por el establecimiento educativo; la nota revestía carácter de inapelable y reflejaba la mayor o menor cantidad de saber adquirido, de aprovechamiento que así quedaba consignado, sin olvidar los efectos habituales traducibles en premio, indiferencia o castigo. Tocante al segundo, la impronta positiva dejada en nuestro recuerdo por ciertos profesores a pesar del tiempo no se borra, sobre todo la de aquéllos cuya postura propendió a suscitar la curiosidad intelectual entre

los educandos, la de quienes nos acercaron a la formulación de interrogantes y conjeturas susceptibles de respuesta vía la consulta de fuentes diversas, la de éstos que nos invitaron a nunca estar del todo satisfechos con los logros cognoscitivos y a cultivar por ende un espíritu crítico, libre y abierto; fueron garbanzo de a libra y no siempre los más afamados, dentro de un contexto proclive al memorismo y a la postulación del docente como portavoz de la verdad. Pocas veces la creatividad pudo trascender frente a lo ya dado e inamovible, dicho con otras palabras, la investigación no se utilizaba como recurso didáctico.

Holmes y la señorita Marple

Si la memoria no me juega una mala pasada, fue hasta el tercer año del bachillerato cuando un profesor de física nos hizo patente la necesidad de comprender dos derroteros que sigue el entendimiento humano, inductivo y deductivo, con ello deseaba desembocar en la explicación del método experimental. Para sorpresa del alumnado, no recurrió a sugerir la lectura del texto atinente a la materia, en su lugar solicitó consultásemos dos novelas detectivescas: *Un estudio en escarlata*, del célebre Arthur Conan Doyle, donde su personaje Sherlock Holmes hace gala de una detallada cuanto fina cualidad sensitiva, particularmente la de observación, reuniendo paso a paso cada indicio empírico hasta inferir la causa del misterio; y *Asesinato en la vicaría*, de la no menos memorable Agatha Christie, quien resalta las dotes indagativas racionalistas de la anciana señorita Jane Marple, aficionada a resolver casos criminales por medio de reconstruir en su mente los acontecimientos a partir de una o varias suposiciones generales o escenarios que le sirven para interpretar o conferir significado a los datos concretos.

Si bien los ejemplos fueron ilustrativos a más de novedosos y poco convencionales, la aproximación a los modos del conocimiento tendió a ser poco sistemática y casi anecdótica, pero incluso así animó la inquietud positiva de varios compañeros. No se trataba, por cierto, de clase alguna referida a “metodología”, simplemente el profesor quiso explicar la manera como la disciplina de su especialidad había producido saber. A despecho de las

deficiencias mencionadas, este esfuerzo aislado fue muy superior a los cursos posteriores relativos al tema.

Los metodólogos no investigadores

Hasta hace unos veinte años la institución escolar encargaba a los egresados de filosofía, por lo general, impartir la clase de “metodología” (de la investigación científica, del conocimiento, de la ciencia, según el gusto y humor de los diseñadores curriculares). En el mejor de los casos aludían de manera más o menos superficial a los métodos experimental e histórico, pero predominaba un enfoque abstracto centrado en categorías ontológicas, metafísicas y gnoseológicas con ciertos sesgos realistas o idealistas conforme a la postura personal del docente. Era impresionante la seguridad denotada por los mentores al referirse a la materia, el tiempo, el movimiento, la energía, el pensamiento, el espíritu absoluto siempre al margen de aporte científico constatable; las dudas e interrogantes de los físicos, biólogos, químicos o historiadores eran borradas mediante un discurso donde no quedaba resquicio para proseguir formulando preguntas y buscando respuestas en torno a lo real. Poco después, quizás debido a la explosión de la matrícula, se habilitaron egresados de otras disciplinas a efecto de enseñar la asignatura metodológica: abogados, literatos, sociólogos, matemáticos, psicólogos. Asimismo cambiaron los programas de estudio acorde a dos orientaciones principales: una hacía énfasis en los procedimientos empleados para la búsqueda y organización de datos vía las fuentes documentales (nunca de campo), y en la manera pulcra de comunicar los resultados; la otra proponía una serie de fases o pasos imprescindibles si de producir conocimiento se trataba, como una especie de recetario donde figuraban el problema a pesquisar, inquisiciones sobre su comportamiento, conjeturas, lo ingente de reunir información conceptual y empírica, procesamiento de la misma en términos de presentar los hallazgos obtenidos, vale destacar que los manuales de consulta o materiales de lectura no indicaban cómo operacionalizar categorías a fin de volverlas observables, registrables, tampoco contemplaban los avatares

frecuentes y más comunes del proceso indagativo concreto. Ello no podía ser pues la mayor parte de docentes y autores nunca habían vivido la experiencia de realizar una indagación, ni proponían a sus pupilos alguna manera realista de hacerla, siquiera elemental, para poner a prueba la “receta”.

Los investigadores no metodólogos

Cuánta falta hace al sistema escolar rescatar el fogueo, poco o mucho, de los investigadores profesionales. Lograrlo, sin embargo, implica por lo menos dos cambios fundamentales de actitud, tanto del personal académico dedicado a la enseñanza-aprendizaje de las cuestiones metodológicas como de quienes nos abocamos a intentar producir conocimiento. De los primeros se requeriría aceptar su inexperiencia al respecto, la necesidad de incorporar el bagaje y habilidades específicas de los segundos, apertura frente a otros discursos menos ingenuos donde se exprese con realismo la actividad del especialista, trascender las prescripciones de los textos tradicionales merced a complementarlos con los productos directos de las pesquisas, método incluido. Por nuestra parte, sería menester estar más en contacto con el ambiente magisterial, no sólo vinculándonos a las asignaturas sobre metodología sino también evaluando la posibilidad de introducir la investigación reproductiva como un instrumento pedagógico importante; reparar siempre en todos y cada uno de los detalles procesuales que enfrentan nuestros proyectos, reflexionarlos, explicitarlos, discutirlos aceptando limitaciones, fallas y desde luego, aportando saberes y caminos nuevos; desmitificar la labor de producción intelectual despojándola de cualquier halo de garantía absoluta, clarividencia y pseudograndeza; abrir los cenáculos al interés público; pugnar así por la creación de una cultura científica nacional no concentrada en los gremios de “iniciados” depositarios de la verdad; apelar a una ética práctica fincada en la validación y confiabilidad de los procedimientos y logros. El investigador profesional debiera ser un metodólogo en el sentido más amplio del vocablo.

*La grandilocuencia de los primeros proyectos
o echando a perder se aprende*

Uno llega con muchas expectativas e ilusiones a la institución que brinda la oportunidad de forjarnos como indagadores por vez primera. Algo de “pose” y un tanto de jerigonza especializada a veces calca de los recetarios, parecen proporcionar una dosis de seguridad que estamos muy lejos de sentir. Los colegas avezados suelen esbozar una sonrisa entre tolerante y socarrona cuando escuchan el planteamiento inicial del trabajo que exponemos a su atención, advierten de inmediato lo inmanejable de la propuesta pues los bisoños deseamos, de manera inmodesta e irrealista, abarcar todo cuanto sea posible del fenómeno abordado. Los compañeros veteranos de estas lides, sapientes y pacientes, prefieren dejarnos hacer y que sean nuestros errores ostensibles la experiencia mayor de aprendizaje; la lección, dolorosa, redundará en provecho del novato como muy bien lo saben.

Con motivo del Campeonato Mundial de Fútbol efectuado en México durante mayo y junio de 1986, diseñé mi primer proyecto, a invitación del recién fundado Centro de Estudios de la Información y la Comunicación (CEIC) de la Universidad de Guadalajara. Ayuno de antecedentes prácticos serios en materia investigativa, mis propósitos rebasaron con mucho la capacidad personal necesaria para solventarlos:

1. Marco histórico y técnico de la crisis económica que aquejaba al país desde 1982, con sus implicaciones sociopolíticas.
2. Seguimiento de las gestiones gubernamentales y empresariales conducentes a conseguir la sede para México, y de las acciones y costos organizativos.
3. Sondeo de la opinión pública tapatía en tres momentos diferentes (antes, durante y poco después del certamen balompédico) so pretexto de averiguar su actitud frente a dicha competencia y ante los dilemas patrios, el manejo de información futbolística básica y el conocimiento de los indicadores más puntuales de la citada crisis (mil cuestionarios por cada ocasión).

4. La cobertura que los dos periódicos importantes editados en Guadalajara, el noticiario radiofónico regional con audiencia mayor, y los dos telediarios nacionales valorados de alcance superior daban al torneo de marras y a los problemas mexicanos, de manera comparativa.

El objeto de la búsqueda reunía las cualidades clásicas de vigencia, relevancia y pertinencia, había una idea claramente secuencial entre cada fase, en principio no albergaba dudas acerca de la manera de proceder, formulé hipótesis fincadas en razonamientos como: “si al grueso de la gente le afecta la crisis (con su secuela de pérdida adquisitiva, congelamiento salarial, desempleo, fuga de capitales, recortes al gasto público, pago de intereses por el débito externo, deuda interna incontrolable, recesión productiva) entonces debe haber una percepción y un punto de vista al respecto, asentados en algunos indicadores muy difundidos”; “a muchas personas les gusta el fútbol, por lo tanto, aprobarán que el país sea el anfitrión del campeonato mundial de la especialidad y manejarán, al menos, información elemental sobre este deporte”; “el gobierno ha tramitado la sede para nuestro territorio con el propósito de distraer el interés de la población tocante a los problemas nacionales de fondo, pero su discurso tenderá a ocultar tal designio atribuyendo a todos los ciudadanos la decisión”; “Televisa, el socio coorganizador, obtendrá pingües ganancias gracias al monopolio detentado sobre los derechos comerciales, las cifras así lo revelarán”; “los medios conferirán cobertura superior al torneo de *soccer* que a la problemática de México durante el periodo muestreado (mayo, junio y julio de 1986)”.

No obstante la premura del tiempo, el proyecto se ideó la segunda quincena de abril, en el papel todo parecía factible y convincente. Una vez expuesto al criterio de mis colegas, el aterrizaje fue forzoso, había supuesto como “natural” la disponibilidad de los recursos financieros, materiales y humanos requeridos, a saber, papel, discos y programas computacionales, casetes y videocasetes, radio y videograbadoras, monitor de televisión, computadora, fotocopidora o mimeógrafo, tinta, encuestadores, marco muestral ciudadano, personal auxiliar para efectuar las grabaciones, capturista, asesoramiento estadístico e infor-

mático, bibliografía, periódicos. Tuve que rendirme ante las evidencias: sobrevaloré mis capacidades (o no reconocí mis notorios impedimentos); exageré las dimensiones abarcables del objeto; supuse, con la ingenuidad proverbial del diletante, que merecía toda clase de sustento para mi primer trabajo de esta índole; no calculé de manera correcta el cúmulo de diligencias en función del tiempo. Por amor propio y no por autoconfianza pedí me dejaran intentarlo, lo hicieron. El saldo resultó favorable a los yerros como era de esperar, pero ni el más elocuente, documentado, bien diseñado y conducido curso, taller o seminario de investigación en “frío” pudo haber sido tan provechoso.

*El déficit estadístico: errores de enseñanza,
miedo a lo desconocido e ideología*

Ya desde la primaria, la asignatura difícil por antonomasia para la abrumadora mayoría del alumnado era la matemática. A los llamados “cerebritos” les caracterizaba sí la solvencia con que dominaban todas las materias en términos de calificaciones, pero sobre todas, la de números y literales. Pocos adquirían los rudimentos para lidiar con entidades tan abstractas, pues el grueso no entendíamos la lógica y el lenguaje de tal disciplina. Entre más confusos nos percibía el profesor, en esa proporción se nutría su ego de una pretendida sabiduría suprahumana, negada al común de los mortales. Lo decisivo del proceso de enseñanza-aprendizaje estaba anclado en el resultado, prueba incuestionable de haber asimilado el conocimiento. Ay de aquél que solicitara una nueva explicación o incluso propusiera otro camino a fin de arribar al mismo logro, el desacato se pagaba con los comentarios hirientes del mentor y las burlas de los condiscípulos quienes, salvo excepciones quizás no honrosas, tampoco habían entendido. Temo exagerar, pero la matrícula abultada de las humanidades y las ciencias sociales pudo haber rendido tributo al desapego de los estudiantes por la matemática.

Habiendo ya huido de las carreras con bagaje numérico ostensible (física, química, ingenierías, arquitectura), sorpresa grande provocó enterarnos que una porción de las denominadas ciencias exactas, la estadística, era de utilidad suma aplicada

dentro del ámbito social. Con el antecedente de acreditar por ventura, o gracias a la buena amistad con algún aplicado, aritmética, álgebra, cálculo y trigonometría, provocaba temor volver a las andadas; asimismo la perspectiva de padecer a los matemáticos solventes pero enseñantes discutibles. Para alivio falso de quien esto escribe la licenciatura estudiada no incluyó curso alguno relacionado con la disciplina “cuyo objeto es agrupar organizada-mente todos los hechos y cosas susceptibles de valuación numérica”, conforme definen los manuales. Carencia grave reproducida al ingresar uno mismo como profesor de sociales años después, pero ignorancia sorprendentemente avalada por la universidad contratante que no la pedía como requisito formativo, ni la contemplaba en los planes de estudio. El argumento esgrimido concerniente a tal omisión era de talante ideológico: la estadística nació, se desarrolló y es utilizada en un contexto empirista y funcional proclive a la mera descripción de datos intencionadamente sin trasfondo explicativo y sí como coartada para ocultar ciertas estructuras predominantes de poder. Y sí, la génesis de la disciplina se remonta a la necesidad de contabilizar la acumulación capitalista vía el saqueo colonial, pero la mancha no ha sido indeleble al demostrar utilidad en muy diversos campos de la actividad intelectual. Que algunos colegas exageren su potencial es otro tema a tratar. El déficit tuvo que ser subsanado a marchas forzadas, hasta la post-licenciatura, donde los docentes asumían nuestro supuesto bagaje previo como una realidad y mostraban extrañeza ante el atraso generalizado. A regañadientes comenzaban desde cero.

Dos actitudes extremas frente al instrumental cibernético

Todavía hace unos cinco o seis años el entusiasmo computacional de varios compañeros de profesión no era compartido por todos. Las bondades de los ordenadores electrónicos parecían harto distantes de nuestra labor cotidiana. Al principio les temíamos y nada mejor que inventar una serie de subterfugios para justificar nuestra rusticidad y oscurantismo relativos. Al margen de los discursos pletóricos de sabiduría presunta por parte de quienes decían valerse de los instrumentos novedosos, fue menester in-

tentar aproximarse al teclado con pantalla, verlo en acción, apreciar sus ventajas innegables, admitir el ahorro de tiempo y trabajo que proporcionaban, aceptar la imposibilidad de continuar limitándose a la máquina de escribir tradicional y a la organización manual y mecanizada de los datos extensos. Cuánto esfuerzo costó modernizarse, cambiar de criterio, adaptarse a las formas recientes de hacer las cosas. Asustaba de manera particular la jerga técnica de que hacían gala los entendidos, con todo el despliegue de vocablos en inglés o de anglicismos casi altisonantes. Había sin duda una dosis de afectación sin basamento cognoscitivo verdadero, de querer impresionar a los renuentes y timoratos. Esto pude corroborarlo cuando fue necesario decodificar y sistematizar los productos de las tres encuestas aplicadas durante el certamen futbolístico de 1986. Requería valirme del programa dBASE IV, recorrí varias dependencias universitarias de avanzada en la materia, avitualladas con equipo tecnológico que se preciaban de poseer, y en ninguna pudo alguien orientarme o proponer alternativa; confesaban estar aprendiendo apenas los sistemas al nivel más elemental. Fue un vendedor de computadoras personales quien supo aconsejarme y así resolver el problema.

El análisis de contenido referente a las emisiones de los medios y el sondeo sobre la audiencia consumidora de tales mensajes, ambos asuntos que animan mis proyectos actuales, no precisan recurrir a programas sofisticados, con el procesador de palabras, el diseñador gráfico y una base de datos es suficiente. Situación similar percibo con relación a la mayor parte de mis colegas, sin embargo, algunos de ellos reniegan por no poseer el herramental de incorporación novedosa al mercado, so pretexto de los beneficios enormes que detentarlo les acarrearía. Suenan como si la máquina se encargara de sustituir su trabajo o cual si la emplearan de manera en realidad más rica, compleja y no a la escala acostumbrada. Pecados de la época, diría César Borgia.

Mi error metodológico primigenio

Permítaseme hablar de él con familiaridad, pues su cercanía en varios de mis escauceos tempranos ha sido frecuente. A ratos

dicha contigüidad no pudo dejar de ser molesta, enojosa, pero la fe ideológica le abría la puerta de par en par, sin demérito de una cierta conciencia culpable. Me explico. Al considerar a los sujetos sociales como meros portadores de estructuras de dominación, sobrevaloraba la fuerza de los medios masivos. Los públicos de la industria cultural semejaban una masa amorfa, indiferenciada e inerme, de subyugación fácil; incapaz de oponer resistencia a las interpelaciones emanadas de la prensa, el cine, la radio y principalmente la televisión, artefacto seductor casi por naturaleza. Los mensajes mediáticos evidenciaban un designio manipulador perfecto, hipercodificado e inevitable, cumpliendo siempre las no tan oscuras intenciones del emisor-clase dominante. Pero si al mismo tiempo uno concebía el entorno social cruzado por la conflictualidad de intereses diversos, entonces resultaba incoherente sostener tal eficacia de los medios y sometimiento de los espectadores. No obstante ese sentir contradictorio, procedí de manera incorrecta al inferir del análisis sobre los mensajes, la conducta de los receptores. Supuse que la respuesta de la gente se adecuaba en todo momento y por completo a la voluntad del emisor, que el proceso de la decodificación era unívoco, que el producto cultural no era susceptible de lecturas diversas para cada quien. Tamaña ingenuidad tuvo su precio y no queda sino reconocer la equivocación en beneficio de otros investigadores novatos. Empero, ello no equivale a negar los efectos poderosos de las tecnologías comunicacionales contemporáneas para persuadir o disuadir, sólo trato de hacer notar que la audiencia es objeto obligado de estudio como punto donde se actualiza el sentido, la significación. Tampoco deseo asociarme con los teóricos de moda según los cuales la industria mediática sería inocua frente a la capacidad selectiva, crítica, consciente del público. Conste.

Ajuste de cuentas (metodológico) con los críticos de cine

Lo agradable de polemizar con ciertos buenos amigos dedicados al examen y juicio de los productos filmicos estriba en el gusto compartido por analizar las películas y exponer nuestro punto de vista entre sorbos de café. Habitados al dictamen, consideran

que su bagaje profesional les permite elaborar la única interpretación válida acerca de cualquier filme, a manera del “mitólogo” barthesiano contra quien deben compararse todas las demás versiones. Su lectura propia sería la que rescatara el significado inmanente del texto, sin reparar en la polisemia de éste frente a la variedad heterogénea de los espectadores; error de procedimiento similar al anotado renglones antes. Indiferentes a sondear la experiencia directa de los destinatarios, centran la atención en la historia y estética de cada cinta, para luego inferir el buen o mal gusto de las personas así como su mayor o menor competencia hermenéutica. Edad, género, grado de exposición al cine, nivel socioeconómico, contexto cultural, escolaridad, filiación política y religiosa, ocupación, etnia y personalidad de los sujetos no son variables tomadas en cuenta, ni tampoco la lógica específica del signo cinematográfico. Los factores sociológicos y semióticos, pues, son ignorados, a más de no aceptar que todo esfuerzo interpretativo, incluso especializado y verosímil, será uno entre muchos posibles. La prueba mejor de tal aserto descansa en el hecho de las discrepancias manifiestas de un crítico a otro referidas al mismo celuloide, a pesar de que ambos finquen el “veredicto” sobre un principio de autoridad. Ojalá pudieran mostrar el camino cognoscitivo y argumental que les conduce a sustentar un juicio. Asimismo, la camaradería con los productores, realizadores, actores y demás personal de la glamorosa industria fílmica no debiera ser óbice a la hora de examinar los mensajes: puede haber sesgos.

Las normalidades kayserianas

Me tomo la licencia de referir un problema quizás demasiado particular, pero ilustrativo de cómo puede transgredirse razonablemente un criterio metodológico establecido y aplicado con frecuencia entre los comunicólogos. Según Jacques Kayser estudioso de la morfología periodística, la selección de una muestra al azar de publicaciones noticiosas no es recomendable en tanto pueden suscitarse situaciones atípicas que sesguen el contenido ordinario de un impreso, por ejemplo, eventos de importancia inusitada cuyo impacto se exprese en mayor cobertura, ubicación

privilegiada dentro de páginas y secciones, despliegue gráfico, abordaje desde diferentes géneros. Sugiere, por el contrario, apegarse lo más posible a los días “normales”, evadir el riesgo estocástico a efecto de no alterar forma y fondo informativos rutinarios, es decir, escoger de manera no probabilística los materiales a explorar. Cabe preguntarse, sin embargo, cuáles son esas jornadas exentas de acontecimientos fuera de lo común, pues la lectura cotidiana de los periódicos y sus correlatos televisivos y radiofónicos, muestra un acaecer pletórico de sucesos notables, relevantes y de irrecusable talante noticioso: esto ha devenido lo usual. Más aún, si los hechos no son tan importantes, los medios se encargan de volverlos, conforme a su tendencia de enfocar la realidad como espectáculo.

En una indagación vinculada con los contenidos editoriales de la prensa escrita, la muestra azarosa que tomé adolecía de la oblicuidad supuesta por Kayser, tenían lugar durante el curso de mi consulta los comicios federales de 1988; así, la representación utilizada no era típica pues una circunstancia “no convencional” la habría afectado. Empero, los hallazgos del estudio contestaron a dicha objeción probando que en momentos determinados y ante episodios infrecuentes afloraba con fuerza y claridad meridianas la postura, las fobias y preferencias, de los medios.

Fuentes de aguas poco cristalinas

No alude el subtítulo a los manantiales que brotan de la tierra ni a los objetos de ornamento donde suele llegar entubado el líquido vital en ocasiones revuelto y turbio, sino a las instancias múltiples que sirven a los investigadores para obtener la información indispensable si de nutrir las pesquisas se trata. Los proyectos de quien suscribe las reflexiones presentes han debido sortear, no siempre con éxito, la carencia de datos o la inconfiabilidad de los disponibles. Veamos.

Los tirajes de virtualmente todos los impresos mexicanos parecieran secreto de Estado y los trabajadores de las editoriales tienen como consigna negar cualquier pormenor al respecto, no queda otra opción que confiar en el cálculo oficioso y “confidencial” de algún empleado delator, recurrir al expediente harto

complicado de contabilizar las compras de papel adquirido por la empresa cada vez durante un cierto periodo, o de plano reproducir los estimados de comentaristas más o menos autorizados. El monto de la producción diaria de los rotativos es inflado con el propósito de convencer a los anunciantes sobre las ventajas de una circulación amplia, así ha sido factible detectar periódicos que reportan tiradas de noventa mil ejemplares cuando en realidad no sobrepasan los diez mil. Otro problema es el de las denominadas “gacetillas”, inserciones publicitarias o propagandísticas (si hoy es posible distinguir diferencia entre un concepto y el otro) disfrazadas de contenido noticioso ante las que sólo el olfato fino y la experiencia inveterada permiten identificar, consideradas acorde a los expertos origen de ingresos fuertes para las publicaciones.

Los censos demográficos perpetrados por el INEGI son y seguirán siendo motivo de controversia debido a las incorrecciones técnicas ya muy pormenorizadas en órganos especializados, a la incuria de los encuestadores personalmente testificada, a la necesidad de recortar el gasto público decretando un índice menor de población (alcaldes priístas varios denunciaron el hecho), al requerimiento de manipular con cierta “coherencia” los resultados electorales. La inconfiabilidad patente hacia las cuentas y registros inegianos obliga el empleo de cifras previas más realistas, mediante el recurso de estimar proyectivamente el incremento poblacional acorde con las notaciones de los organismos extranjeros o de la iniciativa privada nacional.

Asunto delicado el concerniente a los desenlaces comiciales, pues cualquier postura crítica suele tildarse de partidaria (o hasta serlo). Pese a ello, los reproches de pulcritud escasa externados allende nuestras fronteras, por cierto no pocos y más de uno bien documentados, será difícil acusarlos (con seriedad) de promover a contendiente alguno. Atenerse los estudios a los guarismos oficiales es inevitable, pero sin omitir las reservas del caso y dejar sentado el carácter gubernamental del cómputo, realizado a través de una instancia que funge al mismo tiempo como juez y parte.

El recuento breve encuadrado por las limitaciones de espacio, concluye pasando revista a las divergencias informativas que sobre la infraestructura de los medios manifiestan las fuentes, y

que uno tiene obligación de explicitar. Menudean la imprecisión, la obsolescencia, los haberes para el mismo año no concuerdan de un documento a otro, los rangos diferenciales son demasiado grandes. Abordar los fenómenos televisivo, cinematográfico, radiofónico, del video, de la prensa e historietístico en nuestro país, reclama información reciente y creíble.

Colofón: Ananke y Eros

Queda pendiente platicar acerca de las carencias múltiples, esas sí típicas, del quehacer indagativo: sustento financiero a proyectos, equipo idóneo (monitores, videograbadoras, editoras, computadoras), personal auxiliar y encuestadores, material biblio y hemerográfico, marcos muestrales, publicación expedita de los trabajos, salarios decorosos y, desde luego, superar las limitaciones propias. Pareciera que entre más obstáculos se interponen en nuestro trabajo, mayor placer nos produce dedicarle tiempo y pasión. Debe haber un vector oculto, inconsciente, de inequívoca naturaleza libidinal.